

Un enfoque indispensable

José Olivio Jiménez sobre José Martí

MI CONOCIMIENTO DE LOS ESTUDIOS DE JOSÉ OLIVIO Jiménez en torno a la vastísima obra del cubano José Martí (1853-1895) ha otorgado a mi investigación una dimensión desconocida hasta el momento. Fue un breve artículo suyo, titulado «La ley del día y la pasión de la noche en la poesía de José Martí»,¹ el que me introdujo en un enfoque inusitado de la obra del cubano. Yo trabajaba ya en un ambicioso proyecto de exploración en la teoría poética de esta figura germinal del modernismo hispánico, cuyo resultado apareció publicado en mi libro *La poética de José Martí y su contexto* (1994). Por eso creo que las líneas siguientes pueden incentivar a una lectura más íntegra y luminosa de la obra de este maestro cubano y universal. Y es que leer y releer a Martí debe constituir siempre un *encuentro* de la cubanidad en su sentido más pleno, tal como se propone esta revista.

En ese momento antes aludido yo conocía gran parte de la tradición crítica sobre Martí, que podría caracterizarse según dos vertientes claramente definidas a partir de los años cincuenta: de un lado se sitúan los estudiosos que delinean un perfil humanitario y apostólico de este escritor, si bien es verdad que tampoco descuidan el aspecto estilístico de su producción literaria. Entre ellos cabe citar como figuras capitales a Juan Marinello, José Antonio Portuondo, Cintio Vitier y Fina García Marruz. Este modo de acercamiento a Martí se proponía enunciar –de un modo más o menos explícito según los casos– el carácter antimodernista del cubano, aunque sin dejar de señalar sus concomitancias con el movimiento encabezado por Rubén

Carlos Javier Morales

¹ *Ínsula*, xxxvii, N° 428-429, 1983, pág. 3.

Darío, las cuales se explicaban teniendo en cuenta el signo de los tiempos, es decir, las inquietudes vitales y artísticas del último tercio del siglo XIX.

No les faltaba razón: la obra de tales estudiosos ha iluminado una faceta de Martí que resulta imprescindible para la comprensión cabal de su figura. Pero esta corriente crítica, en la que se inscribieron autores más jóvenes, evolucionó posteriormente –a partir de la década del 70– hacia posturas de intención radicalmente política, que trataban de realzar el papel revolucionario de Martí como pionero lejano de la Revolución cubana de 1959. En los años 70 y 80 tal vertiente ha pretendido ofrecernos a un Martí comprometido con la realidad política y social según principios de clara filiación marxista. Esta tentativa, animada fervorosamente por motivos extraliterarios, ha llegado en ciertos casos a adular la significación del pensamiento y la escritura del insigne cubano, cuya vinculación social y política no puede reducirse a los esquemas trazados por los distintos partidos comunistas que han surgido en nuestro siglo.

Desde otro lado conocía la encomiable aproximación crítica de unos autores –casi todos ellos residían fuera de Cuba– que analizaron la obra del gran escritor señalando una enorme multiplicidad de elementos que lo insertaban en el movimiento modernista, aunque sin empobrecer su personalidad bajo ningún signo de escuela. Para estos autores (Guillermo Díaz Plaja, Max Henríquez Ureña, Manuel Pedro González, Ivan Schulman, entre otros) Martí debería situarse en la misma génesis del modernismo, no ya como un simple precursor, sino como un verdadero iniciador y uno de sus genios capitales. A ellos debemos, en gran medida, el minucioso análisis estilístico de la obra martiana, que corrobora sin duda alguna su afinidad con la estética modernista.

Y fuera de estos caminos críticos enunciados –pese a su evidente inclinación hacia el último– debemos situar la paciente y fructuosa investigación de José Olivio Jiménez. En efecto, partiendo de esa innegable naturaleza modernista de Martí, José Olivio abordó la obra martiana desde una nueva dimensión, la existencial, que no anula los otros dos aspectos de la personalidad literaria de Martí, sino que los eleva a un nivel de suprema riqueza. Desde esta perspectiva hemos podido reconocer en el autor cubano no sólo a un escritor modernista, sino moderno en sentido absoluto, es decir, consciente de las inquietudes que han espoleado al hombre de nuestro siglo XX, por más que su vida malograda no llegara a traspasar el umbral de esta centuria.

Después de leer el citado artículo aparecido en *Ínsula*, no pude dejar de conocer los restantes estudios martianos de Jiménez, entre los que debe citarse su excelente introducción a la *Prosa escogida* de Martí (Ed. Novelas y Cuentos, Madrid, 1975), su libro *José Martí, poesía y existencia* (Ed. Oasis, México, 1983), su semblanza precisa del cubano en su *Antología crítica de la poesía modernista hispanoamericana* (Ed. Hiperión, Madrid, 1985) y su reciente libro *La raíz y el ala: aproximaciones críticas a la obra literaria de José Martí* (Ed. Pre-Textos, Valencia, 1993), además de la cuidada selección de los *Ensayos y crónicas* del maestro (Anaya y Mario Muchnik, Madrid, 1995), que cuenta con una escrupulosa anotación sobre todas aquellas referencias indispensables para una exhaustiva comprensión de los textos. Asimismo, al leer otros estudios de

su dilatada labor investigadora, he llegado a considerarlo como uno de los críticos fundamentales, junto con Max Henríquez Ureña, Manuel Pedro González, Ivan Schulman y Ricardo Gullón, que han operado la revalorización del movimiento modernista hispánico, sobre el que existían enormes lagunas e incógnitas hasta hace muy pocos años, cuando no lamentables incomprensiones y aun miradas despectivas.

La concepción integral del modernismo que alcanzó José Olivio Jiménez le permitió resolver numerosas interrogantes que planteaba la obra literaria del escritor cubano. Por de pronto, baste decir que gracias a él el perfil modernista de Martí ha sido iluminado con razones nuevas y hartamente consistentes.

En los libros martianos de Jiménez se asume desde nuevos presupuestos la enorme entraña romántica del cubano. Nuestro crítico ha advertido en la obra de Martí una concepción del mundo que remite inevitablemente a los románticos alemanes, los auténticos paladines del romanticismo occidental. La visión del mundo según la dialéctica de la analogía e ironía, patente a lo largo de toda la producción martiana, nos conduce al pensar y al sentir de Friedrich von Schlegel y Novalis. Trataré de sintetizar con las formulaciones propias de nuestro estudioso esos conceptos de analogía e ironía que explican la visión del mundo de estos románticos señeros y la del propio Martí. La *analogía*, en palabras suyas, nos conduce a una visión del mundo «como un vasto lenguaje de ritmos y correspondencias, donde no tienen sentido el azar y los caprichos de la historia (...). Esta idea arranca de una intuición germinal muy antigua, pero que aquellos primeros –y verdaderos– románticos potenciaron artísticamente y dejaron como herencia indeclinable a la modernidad».² La analogía, en este sentido cosmológico, se puede identificar con la armonía universal, en cuya búsqueda se empeñaron los afanes de filósofos y poetas desde el primer romanticismo. Su reto consistía precisamente en contemplar una esencia única del universo en la que pudieran fundamentar la diversidad aparente de los seres y acontecimientos del mundo, que en tantas ocasiones se nos muestran contradictorios. La armonía universal, por tanto, supone una visión conciliadora del mundo en la que todos los fenómenos –seres y acciones– se nos presentan como esencialmente idénticos, como accidentes de una misma sustancia infinita, que muchos no dudan en identificar con Dios, según una concepción que en ocasiones hace profesión abierta de panteísmo.

Pero el romántico –y en este sentido debemos incluir el radical romanticismo de Martí– observa en su acontecer vital repetidas causas desintegradoras de la analogía, factores que aparentemente desequilibran esa armonía esencial del universo; y entonces emerge –aunque en el cubano sólo momentáneamente–

² José Martí, *poesía y existencia*, ed. cit., pág. 13. También se define y se explica este concepto en su libro *La raíz y el ala...* (ed. cit., pág. 178 y ss.). El autor advierte en el texto que recoge la concepción de analogía e ironía formulada por Octavio Paz en su libro *Los hijos del limo*, donde el mexicano analiza la evolución de la poesía contemporánea desde el romanticismo. El mérito de José Olivio reside en la aplicación de tales conceptos a la obra martiana, tarea que nos ha permitido comprender la entera visión del mundo de José Martí.

el contrapunto irónico. En propias palabras de José Olivio, la *ironía* es «la experiencia de lo fragmentado y roto, en que la vida de continuo consiste, aquello que de un modo más turbador e incisivo nos reclama». E inmediatamente constata la raigambre romántica de tal concepto: «Esta experiencia de la ruptura lo es de la unicidad irrepetible y casi siempre azarosa de los actos del hombre, a través de los cuales, y de su fatal temporalidad, asoma el rostro de la Nada y de la Muerte. Y todo esto, que es producto de nuestra conciencia soberana, tiene su nombre desde Novalis y Schlegel: la *ironía*».³

El reto de Martí, como el de los grandes románticos, será el de superar la conciencia de esa ruptura del mundo para instalarse de nuevo en su primaria intuición de un universo armónico. La gran tarea de nuestro investigador en este campo ha sido la de analizar a lo largo de toda la poesía, y de otros textos en prosa de Martí, cómo se desarrolla esa cruda dialéctica entre la analogía y la ironía, desde el *Ismaelillo* (1882) hasta *Versos sencillos* (1891) y *Flores del destierro*, libro póstumo, prestando especial atención a otro poemario, *Versos libres* –escrito en su mayoría en torno a 1882–, donde la presencia de la ironía se hace más sangrante y dolorosa. En este sentido invito a leer el texto de Jiménez «Un ensayo de ordenación trascendente de los *Versos libres*», perteneciente a su libro *José Martí, poesía y existencia*.⁴

Gracias a José Olivio Jiménez hoy podemos conocer, de un modo sistemático y extraordinariamente documentado con textos martianos, la dramática conquista de la armonía que el cubano debió batallar en su áspero acontecer vital. Como resumen de tan complicado proceso, apunta el crítico que «el verso martiano se ve taladrado, en numerosas ocasiones (y en especial en el tramo inicial de su trabajo poético) por el imperativo de la ironía: la lucidez y la reflexión le llevarán entonces a grabar sus más desoladas verdades, pues allí habla el hombre angustiosamente situado frente al azar de su vida, y frente a su dolor e inutilidad. Esa lucidez irónica creó así un contrapunto tenaz a la opuesta y progresiva volición, de signo afirmativo, que acabaría por inscribir –desde el espíritu, desde las fuerzas más firmes del espíritu– la analógica correspondencia del hombre con la lección ejemplar del Universo, la Creación, la Naturaleza. En ese contrapunto, en esa tensión, que es algo más y superior a la mera contradicción o exclusión, reside

³ *José Martí, poesía y existencia*, ed. cit., pág. 13. Nuestro crítico se encarga de puntualizar debidamente este peculiar concepto de ironía. Para ello también debemos acudir a su libro *La raíz y el ala...*, en cuyo capítulo v, «Visión analógica y contrapunto irónico en la poesía de Martí», el autor nos aclara que no es la de Martí una ironía sentimental, ni una ironía burlesca, como mero recurso de estilo, sino una *ironía trágica*: «aquella que se perpetra contra las verdades supuestamente más estables y permanentes del hombre: el amor de éste a la existencia tanto como su confianza en la trascendencia» (*La raíz y el ala...*, ed. cit., pág. 177).

⁴ Como ayuda al lector, he de apuntar que los estudios del citado libro *José Martí, poesía y existencia* han sido incluidos en el nuevo volumen *La raíz y el ala: aproximaciones críticas a la obra literaria de José Martí*, debido a la escasa distribución que alcanzó aquella obra por razones de la propia editorial.

el alcance más alto, más universal también, de aquel pionero de la modernidad que fue José Martí». ⁵

Aunque con estas breves páginas tan sólo pretendo expresar la calidad y eficacia del enfoque martiano emprendido y desarrollado por Jiménez, no puedo dejar de sintetizar los hallazgos capitales que él ha conseguido aportar a la investigación sobre Martí. Si atendemos al desarrollo dialéctico que opera el cubano entre los polos de la analogía y la ironía, hemos de reconocer en la exégesis de José Olivio la formulación y análisis de tres estaciones en la evolución existencial de Martí desde *la raíz*, símbolo de la experiencia inmediata, hasta *el ala*, que representa simbólicamente el estadio final de la analogía en que se resuelve su visión del mundo y de la vida. En efecto, esas tres estaciones pueden denominarse –según la terminología empleada por nuestro estudioso– *circunstancia*, *naturaleza* y *espíritu*. La experiencia de Martí, que parte de la circunstancia o acontecimiento vivido, le hace partícipe del dolor, de la ruptura que la acción del hombre instauro en el orden de la Creación. La poesía de Martí, que arraiga con frecuencia en situaciones biográficas explícitas, suele constatar la experiencia de la maldad humana desintegradora de la bondad esencial del Universo. Pero su voluntad ética y afirmativa de los valores de la vida le conduce hacia la superación de ese estadio negativo inicial mediante la contemplación de la armonía de la Naturaleza, que se presenta como modelo de equilibrio armónico y de pacificación conciliadora. No en vano manifiesta su predilección por los espacios naturales –ampliamente documentada en las citas martianas de Jiménez–, donde el alma puede recuperar su confianza en la bondad y la armonía, frente a la ruindad depredadora que la *ciudad* ejerce sobre las potencias humanas.

Sin embargo, esa voluntad de plenitud gozosa que impulsa a Martí, dotada de un predominante sello ético, no se agota en esta dimensión horizontal, sino que le impele a elevarse mediante el *espíritu* hacia los valores morales absolutos, que se encuentran no en la urbe, ni siquiera en la naturaleza, sino en el reino celestial, en la vida ultraterrena, en la que el espíritu podrá descansar en la bondad y la belleza infinitas; todo lo cual le lleva a una fe inquebrantable en la inmortalidad del alma.

Con la mención de esas tres estaciones –circunstancia, naturaleza y espíritu– no he pretendido más que parafrasear del modo más sintético posible las conclusiones alcanzadas por la exhaustiva labor exegética de este crítico sobre los textos martianos. ⁶

Pero otro de los grandes méritos de Jiménez en esta tarea –y tal vez de los mayores– radica en el análisis de los elementos estéticos e ideológicos que

⁵ «Visión analógica y contrapunto irónico en la poesía de Martí», en *La raíz y el ala...*, ed. cit., pág. 192.

⁶ Sobre este particular pueden consultarse los estudios «Un ensayo de ordenación trascendente de los *Versos libres*», «Visión analógica y contrapunto irónico en la poesía de Martí», «Ironía y analogía en la Naturaleza y la Historia», así como «Martí, Darío y la intuición modernista de la armonía universal». Todos ellos forman parte de su reciente libro *La raíz y el ala...*

vinculan la literatura del cubano a la modernidad más avanzada, entendiendo por tal la representada por la creación literaria del siglo xx. En efecto, consciente de esa genuina entraña romántica que late en la obra de Martí, José Olivio también se detiene en la indagación de aquellos aspectos de su obra afines no sólo al movimiento modernista –en el que debe encuadrarse como auténtico iniciador–, sino a la misma modernidad contemporánea. Jiménez repara en que esa visión analógica del mundo que Martí posee, mediatizada por el contrapunto irónico, si bien remite a los primeros románticos, recibe nuevas modulaciones que lo sitúan en una visión del mundo y una consecución estética mucho más modernas.

Nos enseña Jiménez que su fe en la palabra poética y en su belleza redentora impulsará a Martí a incorporar técnicas estilísticas casi desconocidas anteriormente en las letras hispánicas, tales como el impresionismo, el simbolismo e incluso otros estilos de mayor audacia renovadora, como el expresionismo, cuya codificación y generalización –me refiero a éste último– pertenece a la segunda década del siglo xx. Los estudios de José Olivio sobre la crónica martiana, en la que se inspiran todos los célebres cronistas posteriores del modernismo –empezando por el mismo Darío–, ponen de relieve la eficacia con que Martí domina tales técnicas al servicio de una expresión de la realidad portadora del hondo temple emocional del autor. De esta manera sus artículos periodísticos, sin perder su *raíz* –su información sobre acontecimientos históricos– se proyectan hacia niveles artísticos que, gracias a su concepción armónica de la belleza y la bondad, transmiten asimismo sublimes mensajes morales. En su trabajo «Hacia la forma interna en la crónica modernista de Martí» el crítico nos advierte sobre esa «vigilancia del artista que quiere dotar a esa palabra suya, no ya del brillo vano del puro preciosista o de la perfección formal del parnasista, sino del poder evocador de quien sabe condensar, en una sugerencia simbolista, o en una imagen impresionista o expresionista (...) toda una vastísima red de secretas implicaciones que sólo el arte permite, y no el lenguaje discursivo y mostrenco».⁷

La precocidad y perfección con que Martí emplea dichas técnicas expresivas en la literatura hispánica lo convierten, según nuestro crítico, en un auténtico iniciador del movimiento modernista y en el primer gran renovador de la lengua literaria en castellano, estatuto que ya le concedían anteriormente otros estudiosos, pero que Jiménez ha fundamentado con rigurosos análisis personales.

Dentro del terreno específico de la crónica martiana, nuestro autor ha inaugurado un campo de investigación inexplorado hasta el momento y que promete hallazgos muy esclarecedores para el conocimiento de la teoría poética del cubano: me refiero a la mutua relación entre sus textos en prosa y sus

⁷ *La raíz y el ala...*, ed. cit., pág. 202. Sobre el impresionismo, y especialmente sobre la naturaleza del expresionismo martiano, véase un excelente estudio de José Olivio: «Ironía y analogía en la Naturaleza y la Historia (Sobre «El terremoto de Charleston»», incluido en la misma obra.

poemas, esto es, a la identidad de motivos que inspiran muchas de sus obras en prosa y sus creaciones en verso, aunque ambos cauces expresivos requieran en Martí unos procedimientos muy peculiares en el tratamiento de ese motivo común. Sobre este paralelismo entre prosa y poesía martianas reviste especial importancia el ya citado ensayo «Hacia la forma interna de la crónica modernista de Martí», que gira en torno a las «Fiestas de la Estatua de la Libertad», así como otro ensayo antológico suyo dedicado a «El terremoto de Charleston».

Aunque el apretado espacio de estas páginas no me permita ni siquiera esbozar debidamente la contribución de nuestro crítico en los estudios martianos, me es imposible silenciar otro de sus grandes méritos: el reconocimiento de la obra de Martí como germen de numerosas corrientes estéticas de nuestro siglo, que lo convierten en el más moderno de nuestros modernistas. En efecto, partiendo de esa dialéctica romántica de la analogía y la ironía, Jiménez percibe en el cubano un dramatismo existencial en la vivencia y en la expresión de esa dialéctica, que abre el camino de tantos conflictos existenciales como nos ha ofrecido la literatura de nuestro siglo: no es gratuito el hecho de que Unamuno juzgara a Martí como uno de sus predecesores más señeros. En este sentido, la presencia del «yo histórico», no sólo en la prosa sino también en gran parte de su poesía, sitúa a Martí en una posición mucho más avanzada, mucho más contemporánea, con respecto a los románticos y a los mismos modernistas. Nuestro crítico concibe este fenómeno como una manifestación directa de esa «estética de la sinceridad», tan martiana y, a la vez, tan intensamente moderna.

Por otra parte, la apertura de la poesía y la prosa del genio cubano a los acontecimientos cotidianos e «intrahistóricos» del hombre moderno, con una particular atención al mundo del trabajo, elevan a Martí a la categoría de pionero de una poesía solidaria por vía directa con la problemática humana en su dimensión social, que en Hispanoamérica ha contado con exponentes tan cimeros como Vallejo y Neruda. La afinidad Martí-Vallejo es otro de los objetos de atención en la investigación de Jiménez, quien señala el empleo de símbolos óseos y corpóreos como una constante en ambos poetas.⁸

Creo que estas sintéticas observaciones nos permiten vislumbrar algunos de los resultados de la crítica martiana de José Olivio, que hoy resultan indispensables para todo aquel que se aproxime a la indagación en el denso espesor de la obra de Martí. Tales resultados no constituyen un cúmulo de aportaciones aisladas –lo cual ya sería digno de admiración y agradecimiento–, sino algo aún más importante: una novedad de enfoque de la personalidad literaria del cubano, que podríamos denominar existencial, como ya anticipé al comienzo de estas páginas.

⁸ Estas distintas facetas de la modernidad de Martí, abordadas en diferentes lugares de la obra de nuestro crítico, encuentran un tratamiento específico en su ensayo «José Martí a las puertas de la poesía hispánica moderna», perteneciente al mismo libro *La raíz y el ala...* (págs. 251-276).